Destruyendo estereotipos

ELENA URRUTIA

Si no fuera más que para desmentir el lugar común, repetido una y otra vez, del estereotipo que presenta a la mujer indígena como a un ser pasivo, sumiso, inerte e inerte, la investigación de Blanca López de Mariscal y su resultado, el libro *La figura femenina en los narradores testigos de la conquista*, ya merecerían, con más que suficiente razón, ser destacados.

En este terreno, inexplorado hasta no hace mucho y del cual, sin embargo, ya hay en la actualidad algunos estudios, es importante contar con una investigación sobre la mujer indígena y la mujer española en relación con la conquista, sobre su papel en el encuentro de dos pueblos que tendrá como desenlace el sojuzgamiento del uno por el otro.

Para lograr su propósito, Blanca López de Mariscal se ha apoyado en una investigación de fuentes seria y bien documentada—46 obras consignadas en la bibliografía constituyen el corpus—, en un trabajo exhaustivo que busca en todo momento el perfil que de las mujeres y su comportamiento trazaron los cronistas testigos del encuentro y de la conquista. Los autores de estas crónicas son a la vez narradores y personajes del hecho historiado, testigos presenciales de las gestas. Es significativo, según señala la autora, el hecho de que los narradores y sus personajes no sólo pertenezcan a mundos diversos, lenguas diferentes, cosmovisiones distintas sino que, también, sean de sexo diferente.

Para completar las fuentes escritas durante los primeros cien años posteriores al descubrimiento de Cristóbal Colón, que narran la gesta de la conquista y los primeros años de su consolidación, la autora echa

mano de un rico material gráfico que refuerza la perspectiva de los narradores y que, al ilustrar el libro, enriquece la percepción del lector: láminas tomadas de diferentes códices posteriores a la conquista y de los grabados de las crónicas que forman el corpus, eficaces para conformar una narración gráfica de la conquista que constituye un discurso paralelo.

La mujer retratada no siempre aparece sin voz, muda: en alguna ocasión, el perfil entregado cobra vida y, aunque no sea más que en escasos episodios, los narradores dan cuenta también de sus palabras.

Evidentemente, aquello que ha interesado para los fines de esta investigación no se encuentra, en términos generales, en el relato de las guerras o las grandes hazañas, sino en los intersticios que unas y otras dejan para dar paso a los hechos comunes de la vida cotidiana. Las mujeres que se salen del contexto narrado hasta merecer que su perfil sea analizado son mujeres comunes y corrientes, la mayor parte de las veces anónimas y, todas, con excepción de doña Marina, sin posición relevante digna de hacer historia. Y, sin embargo, el propósito del libro aquí comentado es mostrar la parte que en la historia tomaron ellas.

Si en un principio a las mujeres se las percibe, como en el caso de Cristóbal Colón, como sirenas —“Colón busca lo que la tradición le dice que se debe encontrar, y es así como ve sirenas”—, escribe la autora, muy seguramente —aclara, junto con otros autores— los manatíes, esos anfibios corpulentos llamados también vacas marinas, fueron la causa de la confusión. También se describió a las mujeres como amazonas, “resultado de una visión condicionada

por la tradición en los textos de los viajeros de la antigüedad”. Aquí la autora trata de interpretar los textos desde el punto de vista renacentista, es decir, el que corresponde al momento en que fueron escritos.

Poco después “sirenas” y “amazonas” cederán el lugar a mujeres que causan asombro y admiración a los cronistas que las describen con las armas en las manos y muy activas en la batalla para defender su territorio, su forma de vida y su propia integridad; en algunos casos, son aliadas de los españoles en contra del imperio azteca y, en otros, defienden su ámbito propio, su espacio vital.

Lo que sí podemos destacar —apunta la autora— es que desde que los primeros momentos del desembarco se percibe, a través de los ojos de los narradores, que la mujer tiene en esta sociedad un papel de igualdad con respecto del hombre. No se ve en ellas una relación de sumisión ni mucho menos de subordinación cuando los cronistas describen hábitos y costumbres de los indígenas.

Colón descubre muy pronto el papel socializador de la mujer: es un factor de control dentro de su propio grupo social, como mediadora para lograr la cooperación de los indígenas y como agente en la enseñanza de su lengua a los españoles.

Blanca López de Mariscal analiza cuidadosamente una imagen demasiado difundida para poder pasarla por alto: la de la mujer como “objeto de donación”. Si para los indígenas del altiplano los recién llegados no eran otra cosa que seres superiores, dioses o enviados de los dioses —“Ellos también tenían a gran maravilla nuestra venida, y creían que éramos venidos del cielo”, escribió Colón en su *Diario*—, nada más natural que los llenaran de regalos —objetos preciados para los indígenas—, comestibles y también “doncellas” —muchas veces acompañaban ofrendas de oro—, doncellas como las que son obsequiadas por Moc-

tezuma a Cortés, en una primera instancia para "hacer generación". Por supuesto, no se trataba de mujeres comunes, sino de hijas de principales ante las cuales Bernal Díaz del Castillo, en varias ocasiones, expresa asombro por su belleza y dignidad. La autora considera que la ofrenda de doncellas principales no constituía un acto denigrante para las mujeres, ya que eran entregadas a los españoles para crear una nueva generación y para emparentarlas con seres divinos, lo que daría como resultado los cimientos del mestizaje.

No siempre son entregadas las mujeres para "hacer generación"; también se ofrecen a los españoles para ser sacrificadas y, algunas veces, como sirvientas. Los hombres dados en regalo tienen un desempeño menos prestigioso: o bien son empleados como tamemes o cargadores, como mensajeros o guías, o bien destinados a la guerra.

Contrariamente a lo que ocurría en el altiplano, los pueblos mayas se condujeron de forma diferente con los españoles; no consideraron que éstos fueran dioses

posiblemente —explica la autora—, porque entre ellos no existía el mito de la partida y el regreso de Quetzalcóatl y, seguramente, porque, al adentrarse los españoles en su territorio, los mayas ya habían tenido noticia de su comportamiento y crueldad.

Ante el miedo al invasor, abandonaron en una huida generalizada sus pueblos y ciudades, y quemaron muchos de ellos.

En esta región Cortés toma prisioneras a algunas mujeres para que le sirvan de informantes, de emisarias y también de intermediarias entre los indígenas y los españoles. El destino de muchas de estas mujeres cautivas es la esclavitud y, posteriormente, la muerte.

Si bien en esos años hubo mujeres que permanecieron de buen grado al lado de los españoles, muchas más no tuvieron la posibilidad de decidir, ya que habían sido hechas prisioneras, repartidas como un botín, enajenadas y vejadas. Estas mujeres, que de una manera u otra entraron en contacto directo con los recién llegados, fueron las primeras en la Nueva España en ser cristianizadas.

De acuerdo con la posición según la cual hay dos grupos de mujeres: las que se

enfrentan a los invasores y las que los auxilian y colaboran con ellos, Malintzin —la muy estudiada y controvertida Malinche— es el caso más conspicuo entre estas últimas pues ejemplifica mejor que ninguna otra el apoyo fundamental brindado por ellas a los españoles en la conquista.

En cuanto al primer grupo, el de las mujeres que se oponen a los invasores en el enfrentamiento de la conquista

en los cronistas de Indias —apunta la autora— encontramos que existe un gran número de mujeres que juegan un papel activo como oponentes de los españoles en el enfrentamiento de la conquista... mujeres en todos los rincones del Nuevo Mundo que deciden, que luchan, que defienden activamente a sus familias e, incluso, que toman las armas y pelean cuerpo a cuerpo contra los españoles.

Numerosísimas son las referencias a mujeres que toman las armas, que comparten los riesgos de la batalla, que se enfrentan a la autoridad y que se defienden del acoso sexual, lo mismo provenga del indígena que del español; mujeres, en fin, que se apartan radicalmente de la imagen de seres sometidos sin oponer resistencia.

Las crónicas se refieren también al papel que la mujer cumple en su grupo, valorándolo; destacan cómo las funciones que le corresponden son tan importantes como las de los hombres, y de ninguna manera el quehacer femenino es visto como inferior al masculino. La cita de fray Diego de Landa incluida en el libro es elocuente:

son grandes trabajadoras y vidadoras porque de ellas cuelgan los mayores y más trabajos de la sustentación de sus casas y educación de sus hijos y paga de sus tributos, y con todo esto, si es menester, llevan algunas veces carga mayor labrando y sembrando sus mantenimientos. Son a maravilla granjeras, velando de noche el rato que de servir sus casas les queda, yendo a los mercados a comprar y vender sus cosillas.

Y una se pregunta: ¿hay una gran diferencia con la mujer nuestra hoy en día y, más

exactamente, con la mujer campesina e indígena?

El estudio sobre la figura femenina en la conquista no sería completo sin la visión de las mujeres españolas; a ellas dedica la autora los dos últimos capítulos del libro. Estos personajes comenzaron a llegar desde los primeros viajes al Caribe.

Para el momento en que empezaron a arribar las mujeres que desde la península venían a formar una familia, las primeras uniones entre españoles e indias se habían consumado ya y así se mantuvieron a lo largo de toda su vida. Con frecuencia los cronistas hablan de la fidelidad de las mujeres de las nuevas tierras y, sin embargo, en muchas ocasiones, a la llegada de las españolas, las mujeres indígenas fueron relegadas a un segundo plano, lo que fue el caso de doña Marina.

Blanca López de Mariscal se preocupa por explicar lo ocurrido entonces, no con nuestros ojos y percepciones contemporáneos, sino con el deseo de entenderlos enmarcados en su época, de lo cual resulta que seguramente la venida de las mujeres españolas no significó ningún tipo de tragedia o problema mayor para las indígenas, pues para éstas la poligamia era una práctica natural; una práctica, por otra parte, con un gran fundamento económico.

No lo he dicho: *La figura femenina en los narradores testigos de la conquista* constituye un documento que, además de todos los aciertos apuntados, fluye con nitidez y agilidad hasta atrapar al lector como suelen hacerlo novelas o relatos de aventuras, aunque, bien mirado el asunto, la historia narrada por los cronistas no es otra cosa que un relato de aventuras, sólo que no de ficción sino de aventuras en realidad ocurridas: la enorme aventura del encuentro con el nuevo mundo y su conquista y, en este caso en particular, el papel de la mujer en ella. ♦

Blanca López de Mariscal: *La figura femenina en los narradores testigos de la conquista*. Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer, el Colegio de México y el Consejo para la Cultura de Nuevo León, México, 1997. 171 pp.